

XXVI

Por su parte la Convencion aceptaba la lucha con la inflexible resolucion de un poder que no retrocede ante la amputacion de un miembro, con tal que salve el cuerpo. La unidad de la república le pareció que era más preciosa de conservar que la segunda ciudad de Francia. La Convencion tampoco hubiera retrocedido ante la destruccion de Paris. La patria no era á sus ojos una ciudad, sino un principio. Ella no vaciló un momento, creyó en su derecho, y sacó su fuerza de esta conviccion.

La Convencion ordenó á Kellermann, general en jefe del ejército de los Alpes, que dejase las fronteras y que concentrase sus fuerzas alrededor de Lyon. Kellermann, que disputaba á Dumouriez la gloria de Valmy, sufría solo en estos momentos por el lado del Mediodía todo el peso de los austriacos, de los alogrobos y de los piamonteses, cuyas fuerzas iban en aumento al otro lado de los Alpes. Saboya, indecisa y dividida entre su aficion á nuestros principios y su fidelidad á sus príncipes, estalló en insurreccion contra nosotros en las provincias montañosas de Faucigny y de Conflans. Con un corto número de tropas, Kellermann sofocó todas aquellas insurrecciones en todos los puntos. El pequeño cuerpo de ejército que tenia en Saboya se presentaba como un dique movable en donde era necesaria su presencia, corriendo de valle en valle, franqueando las cumbres de las montañas con increíble ligereza, y conteniendo en todas partes la irrupcion que descendia al desbordamiento sobre nosotros desde las alturas.

Kellermann pertenecía á una de esas razas militares hábiles é intrépidas en los combates, más á propósito para conducir soldados que para mezclarse en debates de partido, y queria ser el jefe de los ejércitos de la república, pero no el ejecutor de sus severidades. Temía adquirir en lo sucesivo la fama de destructor de Lyon, y sabía el horror que acompaña á la memoria de los hombres que mutilan á su patria; le repugnaba el renombre de Mario del Mediodía, y contemporizó un cuanto tiempo, tanteando la vía de las negociaciones y enviando cada dia nuevas intimaciones á los lyoneses, en tanto que iba reuniendo sus tropas para combatir en caso necesario. Todo fué inútil. La única respuesta que de Lyon recibió fué la proposicion de unas condiciones que imponian á la Convencion la retractacion del 31 de Mayo, la revocacion de todas las medidas tomadas desde este dia, la reposicion de los diputados girondinos, la reprobacion de sus propios actos y la humillacion de la Montaña. Kellermann, apurado por los representantes del pueblo Gauthier, Nioche y Dubois-Crancé, estrechó más el bloqueo incompleto aún de la ciudad. El comité de salud pública hizo marchar á Couthon y á Mignet á levantar en masa los departamentos de la Auvernia, de la Borgoña, del Jura, de la Bresse y del Ardeche, con el objeto de sofocar á Lyon bajo el peso de los batallones de patriotas voluntarios que el terror hacía salir de debajo de tierra á la voz de los representantes. De las orillas del Saona, de las del Ródano, de las montañas populosas de la antigua Auvernia y del Allier, otras columnas, conducidas por Reverchon, Javogues, Couthon y Mignet, avanzaban por todos los caminos que conducen á Lyon. Los aldeanos no tenían necesidad de disciplina para formar, detras de las tropas de línea ó en los intervalos que separaban los campamentos, unas murallas de bayonetas que estrechaban el bloqueo y ahogaban á la ciudad.

XXVII

Lyon no tenia otros recintos fortificados que las alturas de la Croix-Rousse, meseta que separa los dos rios, y la cadena de colinas que se extiende paralelamente al curso del Saona, desde la roca de Pierre-Encise, en donde este rio entra en la ciudad, hasta el arrabal de Sainte-Foi, que se eleva á la extremidad de estas colinas, no léjos de la confluencia del Saona con el Ródano. Esta confluencia defendía por sí misma á la ciudad por el lado del Mediodía. Un puente llamado de la Mulatiere atravesaba en este punto de la union de los dos rios el lecho del Saona. Defendido por algunos reductos este puente, interceptaba el paso á las columnas de los sitiadores. Entre la ciudad y la Mulatiere, una calzada estrecha, fácil de cortar y de defender, se extiende sobre la orilla del Ródano. El resto del espacio, que forma la punta Perrache, era un terreno bajo, pantanosó, cruzado de balsas y canales, plantado de mimbrés, cañas, álamos, cubierto de empalizadas, propio para ser defendido por un corto número de tiradores emboscados, é inaccesible á la artillería. Por el lado del Este, y frente á las llanuras bajas del Delfinado, Lyon no tenia otra defensa que el Ródano, cuya anchura y rapidez forma en los diques un foso corriente imposible de salvar. Se habia añadido á esta defensa natural dos reductos construidos en las cabezas de los puentes de la Guillotiere y Morand, únicos puntos que ponian entónces en comunicacion á la ciudad con el cuartel de Brotteaux y con el arrabal de la Guillotiere, situado al otro lado del rio. Lyon no tenia más que cuarenta piezas de artillería para guarnecer esta inmensa circunferencia, pero se fundian otras nuevas todos los dias, y merced al infatigable ardor del general Pécy y de su estado mayor, los parapetos, las baterías, los reductos y los puentes, cortados ó dispuestos á volarse, presentaban por todas partes un aparato formidable de resistencia á los ejércitos de la Convencion.

XXVIII

El ejército sitiador tomó posicion en los primeros de Agosto, dividiéndose en dos campos: el de la Guillotiere, compuesto de diez mil hombres, provisto de una numerosa artillería y mandado por el general Vaubois; este campo estaba á las orillas del Ródano y cerraba el Delfinado, la Saboya y los Alpes á los lyoneses; y el campo de Mirebel, que se extendía desde el Norte del Ródano al Saona, atravesando la meseta de la Dombe que los separa, y amenazando al arrabal de la Croix-Rousse, posicion que era la más fuerte.

Kellermann habia establecido su cuartel general en el castillo de la Pape, á corta distancia de Mirebel, sobre la orilla escarpada del Ródano. Un puente de barcas echado en el rio al pié del castillo daba comunicacion á los dos ejércitos republicanos. Los batallones del Ardeche, del Forez, de la Auvernia y de la Borgoña, conducidos por los representantes de estos departamentos, se apilaban sucesivamente sobre una línea inmensa que se extendía desde la orilla derecha del Ródano al otro lado de su confluencia hasta las mesetas de Limonest, que dominan el curso del Saona ántes de entrar en Lyon. Pero esta línea de tropas ondulosa, débil, cortada en muchas partes por los cuerpos avanzados de los lyoneses y por

las ciudades de Saint-Etienne, Saint-Chamond y Montbrison, que hacian causa comun con los sitiados, dejaba á Lyon en comunicacion libre con las montañas del Vivarais y con el camino de Paris por el Borbones. Estos pueblos y los adyacentes eran para los lyoneses otras tantas colonias fieles que les suministraban armas, víveres y aún los combatientes necesarios para hacer el servicio de avanzadas. El campo de batalla no tenia ménos de sesenta leguas cuadradas de extension.

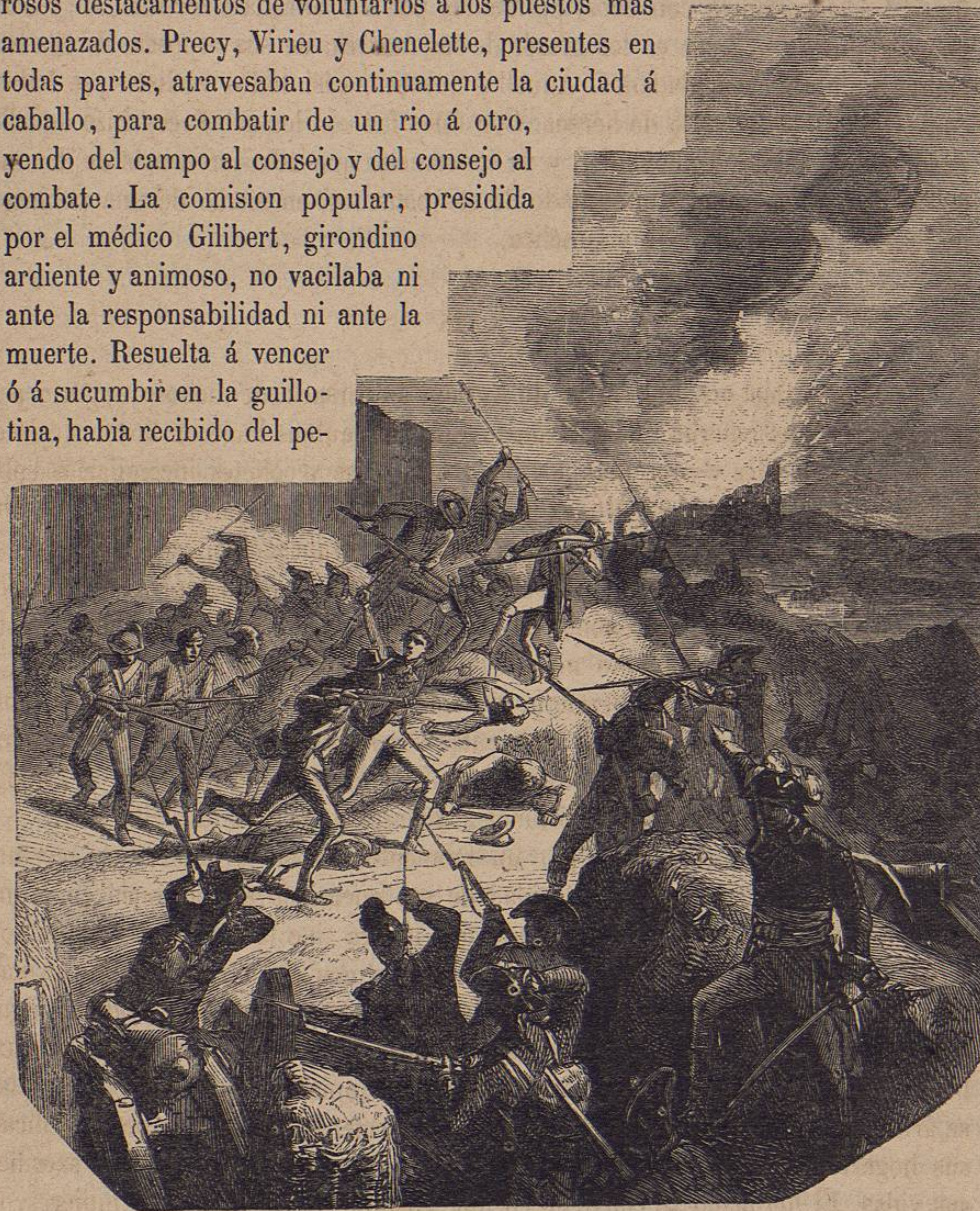
A medida que las columnas sitiadoras tomaban posicion, ocupaban estos pueblos, aldeas y puéstos avanzados, haciendo refluir al ejército de Precy á los puntos fortificados detras de los reductos, ó bajo las murallas de la ciudad. Precy aguerria de este modo su ejército móvil de cerca de diez mil hombres, haciendo de los cuerpos de tropas que se habian levantado y de los jóvenes voluntarios fogueados ya el núcleo y el nervio de su defensa interior. Entusiasmados por su causa, apasionados por su general, que veian siempre el primero á caballo en el fuego ó á la bayoneta con ellos, premiados por sus miradas, recibian su recompensa al entrar en Lyon en los brazos de sus madres, de sus esposas, de sus hermanas y de sus concidanos. Aquellos jóvenes, casi todos realistas, se habian convertido en un ejército de héroes. Con éstos fué con los que Precy hizo aquellos prodigios de valor, de movilidad y de constancia, que detuvieron más de dos meses á Francia entera ante un puñado de combatientes, en medio de una poblacion dudosa, batida, incendiada y famélica.

• XXIX

El bombardeo principió el 10 de Agosto, aniversario de dichoso augurio para la república. Las baterías de Kellermann y las de Vaubois hicieron llover sin intermision durante diez y ocho dias bombas, balas rasas y cohetes incendiarios sobre la ciudad. Algunas señales pérfidas hechas durante la noche por los amigos de Chaliér indicaban los cuarteles y casas que se habian de incendiar, escogiendo de este modo los artilleros su blanco y reventando las bombas casi siempre en las calles, en las plazas y en las habitaciones de los enemigos de la república. Durante estas siniestras noches, el opulento muelle de Saint-Clair, la plaza de Bellecour, el puerto del Temple, la calle Merciere, inmensa avenida atestada de riquezas fabriles y comerciales, se incendiaron trescientas veces con la explosion de los proyectiles, devorando en su incendio los millones de productos del trabajo de Lyon, y enterrando en las ruinas de sus fortunas á millares de habitantes.

Aquel pueblo, aterrorizado por un momento, no tardó mucho en acostumbrarse á este espectáculo. La atrocidad de sus enemigos no producía en él más que indignacion. La causa de la guerra, que no era sino la de un partido, se convirtió de este modo en una causa unánime. El crimen del incendio de Lyon fué á los ojos de los ciudadanos el sacrilegio de la república, y no comprendian ningun acomodamiento posible con aquella Convencion que tomaba el incendio por auxiliar, y que quemaba á Francia para someter una opinion. La poblacion en masa se armó para defender sus murallas hasta la muerte. Despues de haber sacrificado sus hogares, sus bienes, sus casas y sus riquezas, poco les costaba ya sacrificar sus vidas. El heroísmo se convirtió en una costumbre del alma. Las mujeres, los niños y los ancianos se habituaron en pocos dias al fuego y á la explosion de los

proyectiles. Tan pronto como una bomba describia su curva sobre un cuartel ó sobre un tejado, echaban á correr, no para huir, sino para apagarla arrancándole la espoleta. Si lo conseguian, jugaban con el proyectil apagado y lo llevaban á las baterías de la ciudad, para devolverle á los enemigos; si llegaban tarde, se arrojaban al suelo, levantándose cuando habia estallado el proyectil. Los socorros contra incendios estaban organizados en todas partes, y el agua de los dos rios corria de mano en mano por una inmensa cadena de personas hasta la casa incendiada. La poblacion entera estaba dividida en dós pueblos, uno que combatía en las murallas, y otro que apagaba los incendios, llevaba á las avanzadas las municiones y los víveres, transportaba los heridos á los hospitales, curaba á los enfermos y enterraba á los muertos. La guardia nacional, mandada por el intrépido Madinier, contaba treinta y seis mil bayonetas. Contenia á los jacobinos, desarmaba á los clubistas, hacia ejecutar las requisiciones de la comision popular, y enviaba numerosos destacamentos de voluntarios á los puestos más amenazados. Precy, Virieu y Chenelette, presentes en todas partes, atravesaban continuamente la ciudad á caballo, para combatir de un rio á otro, yendo del campo al consejo y del consejo al combate. La comision popular, presidida por el médico Gilibert, girondino ardiente y animoso, no vacilaba ni ante la responsabilidad ni ante la muerte. Resuelta á vencer ó á sucumbir en la guillotina, habia recibido del pe-



Combate de los insurgentes de Lyon en las alturas de Sainte-Foi.—Pág. 206.

ligro comun el poder que ejercia con el concurso unánime de todas las voluntades. La autoridad es hija de la necesidad. Todo el mundo cede sin murmurar á lo que dispone la autoridad en un pueblo sitiado.

XXX

Los jacobinos, comprimidos, desarmados y vigilados, se escondian en los arrabales, se refugiaban en los campos republicanos, ó tramaban ocultamente inútiles complots. En la noche del 24 al 25 de Agosto y en medio de la confusion del bombardeo de la plaza de Bellecour, el fuego encendido por manos de una mujer devoró el arsenal, inmenso edificio construido en las orillas del Saona, á la extremidad de la ciudad. Aquella noche dispersó millares de quintales de municiones y desarmó una parte de la insurreccion, pero no desarmó ni el brazo ni los corazones de los lyoneses. Los insurgentes hicieron á la luz misma del incendio una salida en número de tres mil hombres, que rechazaron las tropas republicanas de las alturas de Sainte-Foi.

El bombardeo no producía más que ruinas, pero ningun progreso se hacía contra la plaza. La Convencion reconvenia á Kellermann. Los representantes del pueblo en el ejército acusaban su tibieza y sus contemplaciones. Los sardos aprovecharon su ausencia para reconquistar á Saboya. Kellermann pretextó lo necesaria que era su presencia en el ejército de los Alpes, y pidió se le relevase del mando del ejército de Lyon. El comité de salud pública nombró el general Doppet en reemplazo de Kellermann. Doppet habia mandado la vanguardia de Carteaux contra Marsella, y estaba acostumbrado á las guerras civiles. Entre tanto que llegaba Doppet al campo, se confió el mando á Dubois-Crancé.

Dubois-Crancé era representante del pueblo y teniente de Kellermann, y hacía la guerra con todo el furor que le inspiraba su republicanismo. Noble, pero tráfuga de la causa del rey, Dubois-Crancé queria destruir á Lyon como soldado, pero más aún como republicano. Veía dentro de sus muros los dos objetos de su odio: la Gironda y el realismo. Imprimió á su ejército, que se engrosaba todos los días, el movimiento y la energía de su alma. La bóveda de hierro y de fuego que cubria á Lyon hacía dos meses se espesaba cada vez mas. Hizo atacar por el ejército de Reverchon, que bajó para esto de las alturas de Limonest, el puerto del castillo de Laduchere. Defendido por cuatro mil lyoneses y por algunos reductos, este punto dominaba el arrabal de Vaise. Al otro día por la noche, bajo un fuego terrible y combinado de todas las baterías, Dubois-Crancé avanzó á la cabeza de los batallones del Ardeche contra los reductos de los sitiados que cubrian el puente de Oullins y el de la Mulatiere, tomándolos á la bayoneta ántes que los trescientos lyoneses que los defendian tuviesen lugar de volar el puente. La península Perrache quedó abierta á los republicanos. Las alturas de Sainte-Foi les fueron entregadas por traicion. El cabo de guardia del reducto principal situó en la noche del 27 de Setiembre el centinela avanzado en una posicion desde la cual no podia descubrir nada. Este cabo avanzó hasta los puestos republicanos, y reveló la seña de los sitiados. Los republicanos entraron á favor de esta seña en el reducto y degollaron á los que lo guarnecian.

La toma de los reductos de Sainte-Foi descubrió todas las alturas de Lyon por

la parte del Oeste. Precy resolvió hacer un esfuerzo desesperado para volver á apoderarse de aquella posicion: avanzó á la cabeza de sus batallones de preferencia contra los republicanos, fortificados ya en las obras que acababan de conquistar. Rechazado desde luégo por el fuego de sus reductos, muerto su caballo, que cayó encima de él, pudo desprenderse, y reuniendo sus tropas, cogió el fusil de un soldado, y marchando el primero hácia las piezas, recibió un metrallazo que le hizo arrojar sangre por dos heridas. Se la contuvo con un pañuelo, y agitándolo en el aire como una bandera, lanzó sus batallones sobre el enemigo, que huyó, dejando clavadas las piezas y demolidos los reductos.

Pero mientras que Precy triunfaba en Sainte-Foi y en Saint-Irenée, el general Doppet, aprovechándose del boquete abierto el día anterior en sus tropas por la toma del puente de la Mulatiere, lanzó sus batallones sobre la avenida de Perrache, tomando los dos reductos que la defendian, y avanzó en columna fulminante sobre el cuartel del dique del Ródano hasta el centro de Lyon. Las balas de cañon barrían ya el dique del Ródano, cuando Precy, informado de la invasion de los republicanos, bajó con los restos de sus batallones de las alturas de Sainte-Foi, atravesó el Saona y la ciudad, recibió al paso el puñado de valientes que aún estaba en disposicion de combatir, los formó en columna en la plaza de la ciudad, cubrió la cabeza de la columna con cuatro piezas, desplegó una nube de tiradores en los terrenos bajos de Perrache para proteger su flanco derecho, y desembocó al paso de carga sobre la calzada para rechazar al ejército republicano ó morir.

XXXI

Los soldados de Doppet esperaban el ataque. El campo de batalla era una calzada de veinticinco toesas, entre el Ródano y el pantano de Perrache. No habia maniobra posible. La victoria era del partido que se obstinase más en querer morir. Las baterías republicanas, situadas unas sobre la orilla izquierda del Ródano, otras en la orilla derecha del Saona, y otras en la calzada, batían en tres direcciones á la columna lyonesa. Aquello era un infierno de metralla. Las primeras compañías fueron destruidas por completo por este volcan de fuego. Precy, pasando por encima de los cadáveres, se precipitó con los más valientes de sus voluntarios sobre los batallones republicanos que sostenian la batería del frente. El choque fué tan terrible y el furor tan encarnizado, que las bayonetas se rompieron en los cuerpos de los combatientes sin arrancarles un grito, y los republicanos, precipitados y envueltos en los fosos que ciñen la calzada, no quisieron aceptar el cuartel que les ofrecieron, dejándose matar hasta que no quedó uno de ellos.

Prosiguiendo Precy su victoria, rechazó la columna desbandada de Doppet hasta el puente de la Mulatiere. Los republicanos no tuvieron apénas tiempo de cortarlo despues de haberlo pasado, y se replegaron en Oullins. Lyon respiró algunos días, pero Precy perdió en esta victoria la flor de la juventud lyonesa. Las fatigas, el fuego, la muerte y los heridos redujeron á tres mil combatientes los defensores de tan vasto recinto. No se separaban de una brecha sino para volar á otra, dejando en todas partes lo más puro de su sangre. Las baterías del general de la Convencion, Vaubois, enrojando las balas en hornillos que hicieron traer de Grenoble, no dejaron una hora de descanso á la ciudad, ni un abrigo á los heri-

dos y á los moribundos. En vano, como para reclamar que se siguiese allí la costumbre de todas las plazas sitiadas, en que no se hace fuego sobre los asilos consagrados á la humanidad, Lyon habia enarbolado una bandera negra sobre su hospital, monumento admirable de arquitectura y de caridad; los artilleros de la Convencion acibillaron á balazos las paredes y bóvedas de aquel asilo de la humanidad doliente. Las bombas, al reventar en las salas, enterraban á los heridos bajo las bóvedas adonde se habian refugiado para salvarse. El curso de los dos rios y los caminos que servian para llevar víveres á Lyon estaban cerrados por todas partes. Los víveres y las municiones estaban agotados; ya se comian los pocos caballos que les restaban, y se fundian balas con el plomo de los edificios. El pueblo murmuraba al morir, viendo que su muerte era ya inútil. Los socorros que se lisonjaban recibir de Saboya y de Italia habian sido interceptados por el ejército de Kellermann en los Alpes. Carreaux habia pacificado á Marsella. El incendio, que Lyon se habia prometido propagar con su ejemplo en el corazon de Francia, se habia sofocado en todas partes, y no devoraba más que sus muros. La ciudad entera no era sino un campo de batalla, lleno de los escombros de sus edificios y de los restos de su poblacion. Un último asalto la entregaria al furor de un ejército de cien mil campesinos irritados y sedientos de pillaje, y podia á cada instante entregar las mujeres, los niños, los ancianos, los enfermos y todo lo que hay de más sagrado en el hogar de una ciudad al ultraje, á la carnicería y á la muerte. El hambre contaba las horas, y morian contándolas. Ya no habia alimentos más que para dos dias, y aún eso disputándose los hombres á los caballos. Habia cesado la distribucion de media libra de avena disuelta en agua. Couthon y Mignet dirigian á los lyoneses intimaciones moderadas é insidiosas. La comision popular las comunicó á las secciones reunidas, y éstas nombraron diputados que fueron al campo de Couthon para conferenciar con los generales y con los representantes. Estos concedieron quince horas de término á la ciudad para dar tiempo á aquellos de sus defensores que más se habian comprometido de proveer á su seguridad.

XXXII

Precy reunió en la noche del 8 al 9 de Octubre á sus compañeros de gloria y de desgracia. Les anunció que habia llegado la última hora para Lyon; que á pesar de las promesas de Couthon, el terror y la venganza entrarían al día siguiente en la ciudad con el ejército republicano, y que ninguno de aquellos á quienes sus funciones, su uniforme, sus armas y sus heridas señalasen como principales defensores de la ciudad escaparia del resentimiento de la Convencion y de las delaciones de los jacobinos. Añadió que en cuanto á él, estaba decidido á morir como soldado y no como víctima; que saldria aquella misma noche de Lyon con los últimos y más valientes ciudadanos, que burlaria la vigilancia de los campamentos republicanos atravesándolos por el punto en donde ménos se le esperase, y remontando la orilla izquierda del Saona por el camino de Macon, al llegar á la altura de Montmerle, atravesaria el rio, se arrojaría al Dombé, pasaria por retaguardia del campo de Dubois-Crancé á Meximieux, y llegaria á las fronteras de Suiza por las gargantas del Jura. «Que los que quieran probar conmigo esta última fortuna del soldado,—añadió,—se hallen con sus armas y con lo que ten-

gan en más estima, ántes de amanecer, en el arrabal de Vaise para seguirme. ¡Yo pasaré ó moriré con ellos!»

Aquella noche fué una agonía mortal para la ciudad. Toda se pasó en deliberar en el seno de las familias sobre el partido más seguro que podian tomar para salvarse al otro día. La permanencia en Lyon tenia perspectivas siniestras, la salida ofrecia peligros ciertos. Dos mil hombres solamente, casi todos jóvenes, nobles realistas ó hijos de las más distinguidas familias de Lyon, se encontraron al rayar el alba en el lugar de la cita dada por Precy. Trescientas ó cuatrocientas mujeres, madres, esposas ó hermanas de los fugitivos, cargadas con sus niños de pecho ó conduciéndolos por la mano, acompañaban á sus maridos, á sus padres



Combate de Perrache.—Pág. 207.

y á sus hermanos, refugiándose en la columna para participar de sus peligros. Esta multitud confusa ahogaba su llanto, temerosa de llamar la atencion del campo de Laduchere.

XXXIII

Mientras esta masa se reunia lentamente bajo los frondosos árboles de un parque llamado el bosque de la Claire, algunos centenares de combatientes asistian en una cueva inmediata á unas honras fúnebres en honor de sus hermanos muertos en los combates, y de los que iban aún á morir de entre ellos. El general Virieu, cuyo valor se fortificaba por la fe, recibió allí la comunión, viático de su último día. Cuando todos estaban reunidos, Precy, colocado sobre una cureña, arengó á su tropa: «Estoy satisfecho de vosotros,—les dijo,—pero ¿vosotros lo estais de mí?» Los gritos unánimes de *¡Viva nuestro general!* le interrumpieron. «Habeis hecho—continuó Precy—todo lo que humanamente era posible por vues-